

Enojóse el general del regente y mas todavia el mismo Espartero, y resolvieron combatir á Sevilla hasta entrarla á viva fuerza, y entretanto molestar y dañar á los moradores con arrojarles bombas y granadas. Llevóse á efecto esta determinacion con poca gloria para los agresores. Resistióse Sevilla con teson; fué en ella grande el entusiasmo; armáronse los de contrarias opiniones unidos en el pensamiento de odiar y hacer guerra al enemigo que tan mal trataba á la ciudad; apelóse hasta á excitar afectos religiosos, y recuerdos de pasadas glorias, no sin fruto; y siendo por otra parte flojos y desacertados en sus operaciones los del regente, vino á resultar ponerse la defensa de los sevillanos entre los hechos gloriosos de la historia, no sin mucho de la hiperbólica alabanza á que tanto propenden los andaluces, y tambien todos los españoles. Pero no contrajeron corto mérito los que con escasísimas fuerzas osaron arrostrar las numerosas que seguian al duque de la Victoria, ni fué para este pequeño baldon que, mientras evitaba encontrarse con mas temible contrario, y dejaba á la reina y á la capital caer en manos de sus rivales, se diese al feo entretenimiento de destruir una capital de provincia, poblacion digna de respeto por contener hermosos monumentos de artes. Así, estuvo el ignorante soldado, que se daba por caudillo de la parcialidad favorable á los progresos del humano entendimiento, á punto de estropear mas de un soberbio edificio, de los que son gloria de la nacion española. Con harta mas razon que el bombardeo de Barcelona fué vituperado el de Sevilla, no encaminado á propósito alguno que sirviese de disculpar su rigor. En tanto la expugnacion de la ciudad se iba haciendo difícil. Dirigió la defensa con teson y habilidad el general Figueras, bien asistido por otros generales y oficiales de inferior grado. Entró á dar socorro á los sitiados el coronel D. Manuel Pomar, trayéndoles de la vecina provincia de Huelva buen refuerzo de gente y crecida cantidad de pólvora. Acercábase Concha, el cual con actividad y valor suplía la escasez de medios con que contaba. En tal situacion llegó á los reales del regente la noticia de la derrota y prision de Seoane y de estar Madrid en poder de Narvaez, Aspiroz y Serrano. Juzgó entonces Espartero inútil obstinarse en combatir á Sevilla, y hubo de pensar en recogerse á Cádiz, donde aun no le habia faltado á la fidelidad la poca tropa que la guarnecía, y la parte mas numerosa, si no la mas respetable é ilustrada, del vecindario seguia siéndole adicta con acaloramiento. Sin duda, llevando consigo un número considerable de tropas que aun tenia bajo su mando y abrigado con los muros de Cádiz y las formidables líneas de la isla Gaditana, podia haber dado largas á la guerra civil, siendo la única compensacion á las ventajas de que gozaría en tan fuerte puesto que la marina casi toda habia abrazado el partido de sus enemigos, y hasta puéstose á bloquear el puerto de la ciudad que se le mantenía obediente. Salvaron á España de estos males que le prometian no escasas desdichas el valor y la actividad de Concha por un lado, y por otro haber cundido en las filas de los de Espartero el desaliento, y el espíritu de desercion que habia trabajado al ejército desde los primeros dias de la pendiente contienda. Así no bien comenzó á ser puesta en ejecucion la orden de le-

;